
UNA HISTORIA DE CRUZ Y DE GLORIA

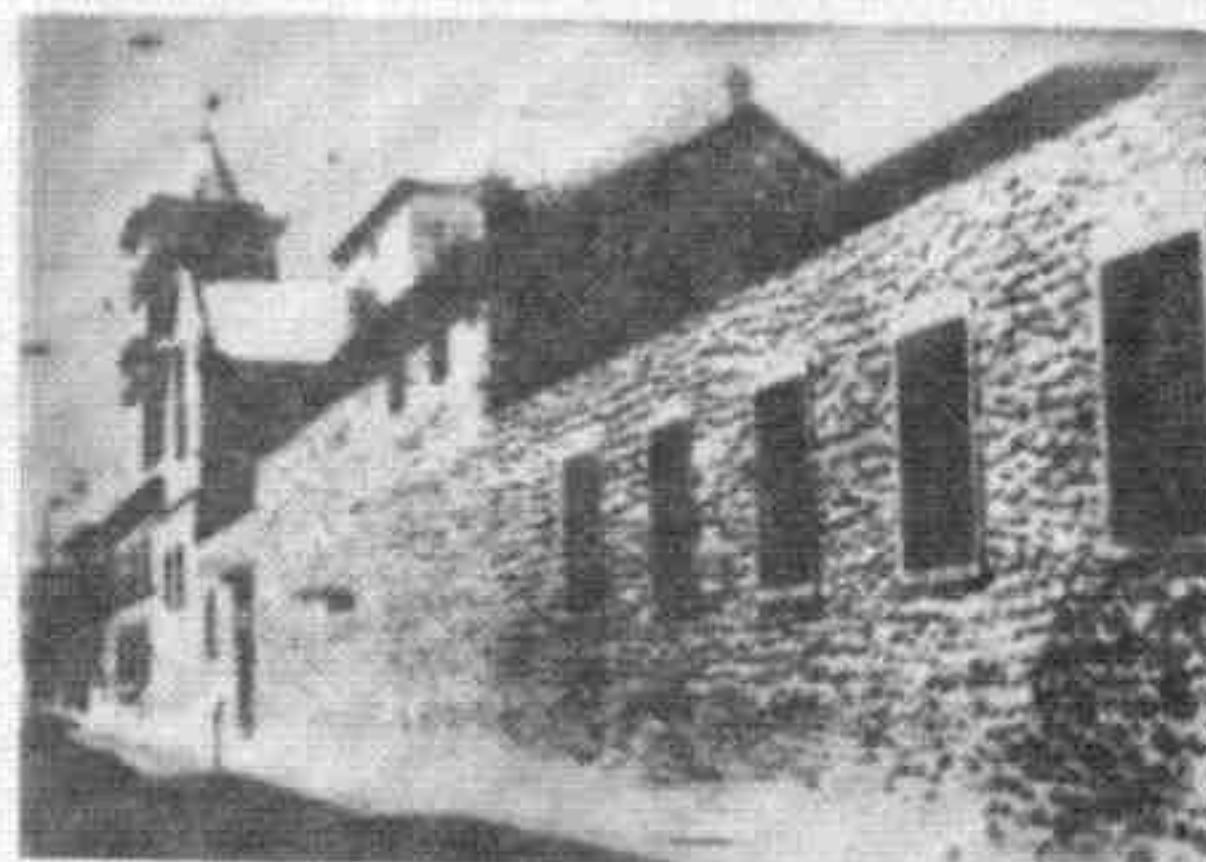


Tallas misioneras.



HISTORIA Y PRESENCIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN EL RIO DE LA PLATA

Iglesia de la Compañía. Córdoba.



1. Primeros pasos

En la aurora de la evangelización de estas tierras, los primeros pobladores del Río de la Plata solicitaron la venida de jesuitas, según escribía el mismo San Ignacio de Loyola (fundador de la Orden en 1539).

Incluso uno de los jóvenes soldados que integró la expedición de don Pedro de Mendoza, Primer Adelantado del Río de la Plata, ingresó después en la Compañía de Jesús y tuvo una destacada actuación.

Los primeros jesuitas llegaron aquí en 1587, provenientes del Perú (los Padres Angulo y Barzana) y del Brasil (los Padres Ortega y Fjelds). Esta primera avanzada misionera recorrió varias ciudades: Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero y Tucumán. No obstante los deseos del Obispo y de los pobladores, no pudieron establecerse definitivamente.

El P. Pedro Lozano S. J., insigne historiador de aquellos tiempos, al

referirse a la estadía de algunos de estos sacerdotes en Santa Fe, relata: "Dieron tan buen espécimen de sí en aquella noble ciudad, que dejaron muy aficionados de nuestro Instituto a sus moradores, y habiendo llegado a su noticia, por los ecos de la fama, lo que los nuestros obraban en otras partes, vivían ansiosos de disfrutar su espiritual cultivo".

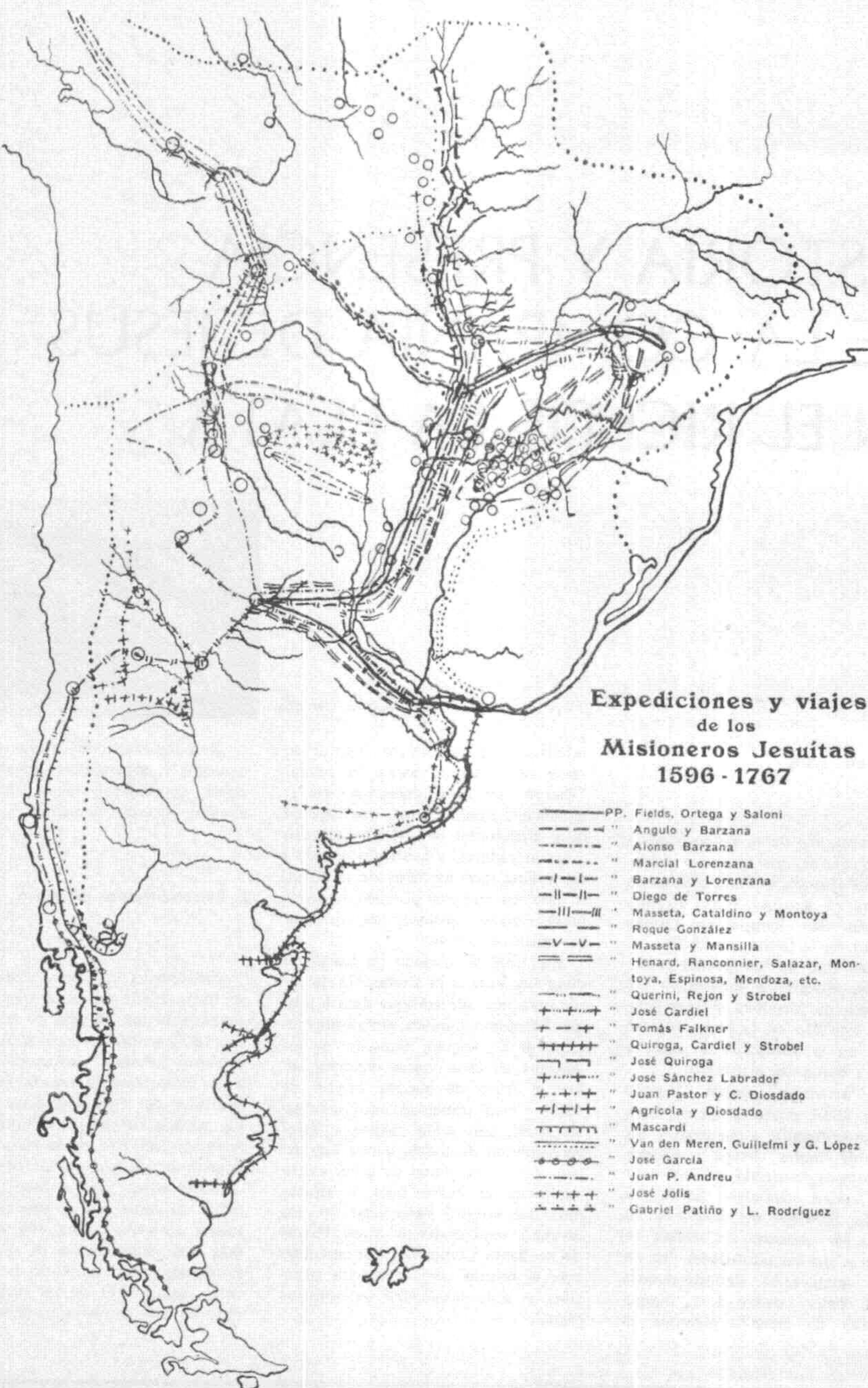
En 1590 el Cabildo de Santa Fe dona un solar a la Compañía de Jesús para que allí edifique casa e iglesia. El mismo Cabildo santafesino escribe al P. Angulo, Superior de los Jesuitas en estas vastas regiones, sobre el fruto de aquella misión de 1587: "Han trabajado aquí incansablemente, con suma caridad y aprovechamiento de todos, y nos han dejado con sumo deseo de gozar continuamente de tanto bien, y esperamos que vuestra Paternidad no nos olvidará, remitiéndonos otros Padres de su Santa Compañía, que atiendan con el mismo celo a nuestra salvación y a la enseñanza de nuestros hijos".

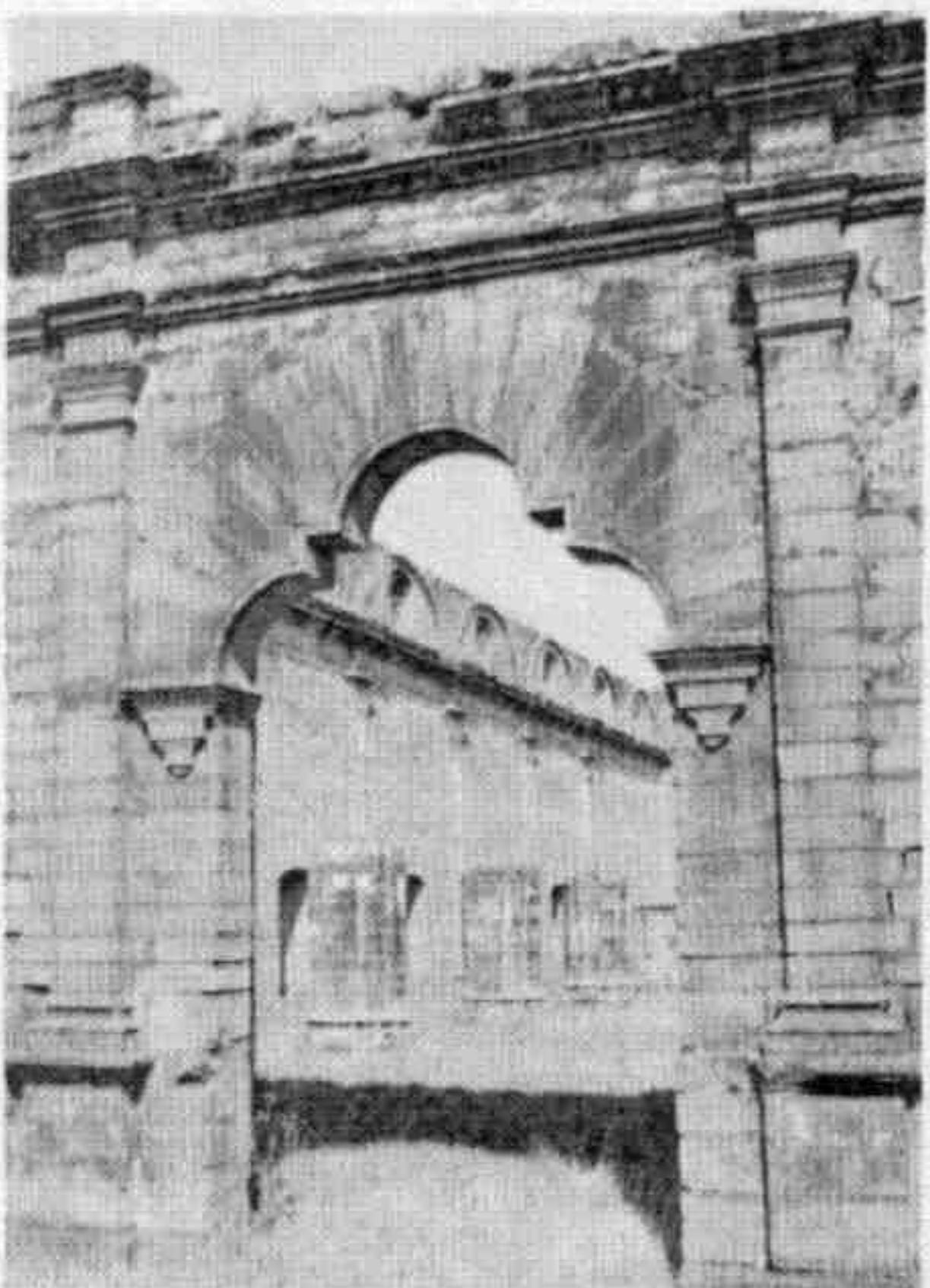
Similares petitorios elevaron otras ciudades y gobernadores, pero la escasez de sujetos hacia imposible atender a estas demandas.

2. Establecimiento definitivo

Finalmente la Divina Providencia se haría sentir en estas tierras aparentemente tan dejadas de su mano. En 1608 arriban a Buenos Aires los primeros jesuitas. Venían de España a la recientemente creada Provincia Jesuítica del Paraguay. Esta abarcaba, además del territorio homónimo, la región del Río de la Plata (actual Argentina, Uruguay y sur de Brasil).

Cabe aclarar que si bien la Compañía de Jesús está al servicio de la Iglesia Universal, para una mejor y más ágil organización se divide en Provincias, cuyo territorio por lo general aglutina el de las naciones o regiones con similares características.





Iglesia de Jesús. Misión Jesuítica. Paraguay.



Conversión de San Ignacio.



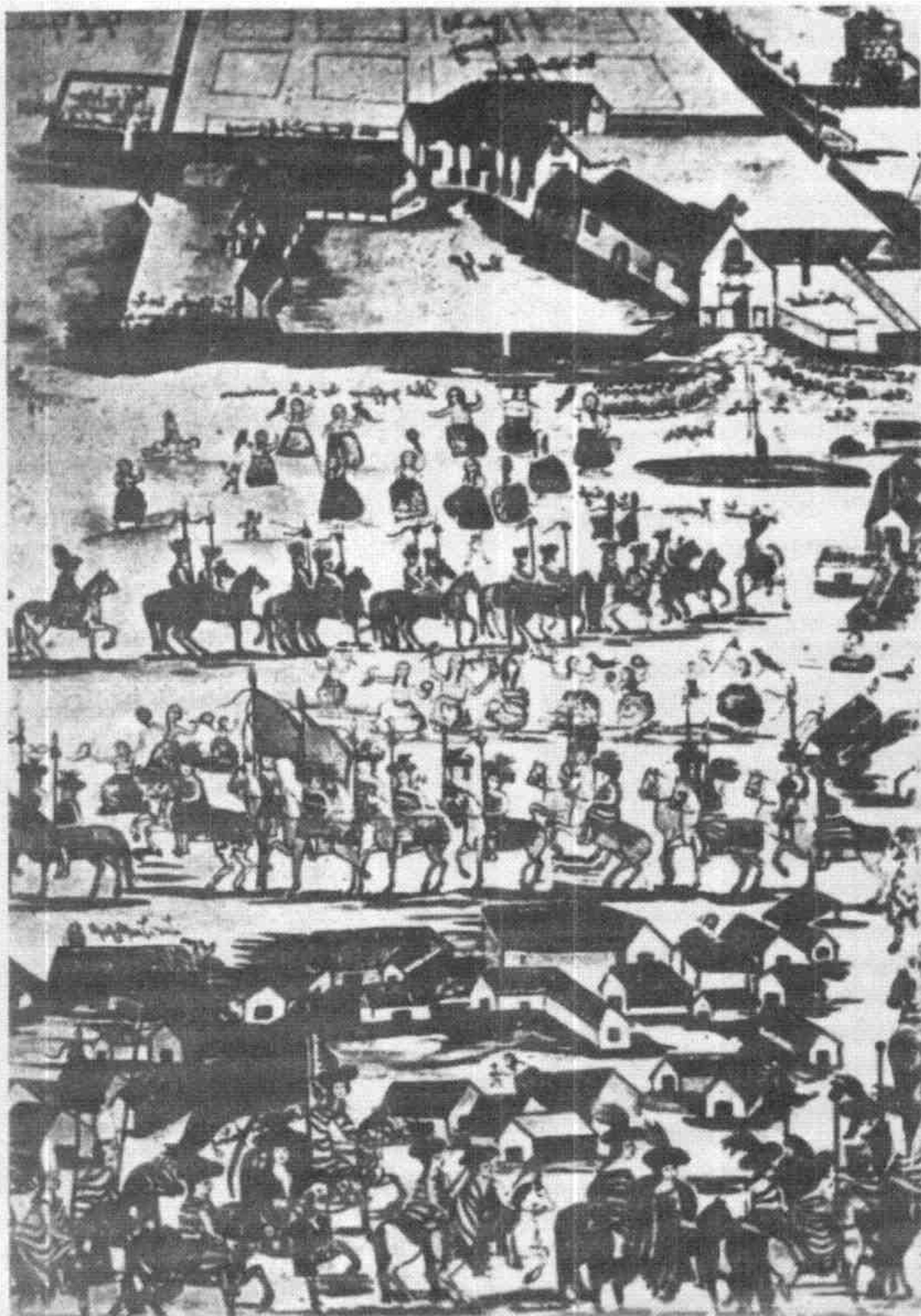
Sello de San Ignacio.



Estancia de Alta Gracia.

En 1609, el Gobernador Hernández escribía a Felipe III, rey de España, dando noticia de los jesuitas recientemente establecidos en los territorios de su jurisdicción: "Son estos Padres de mucha estima para esta Gobernación, y hacen siempre mucho en la doctrina de naturales y provecho de las almas".

Fue la Compañía, desde entonces, uno de los pilares fundamentales de la grandiosa obra de evangelización de nuestra tierra, contribuyendo a forjar las raíces de la fe que permanece tan viva en nuestro pueblo fiel.



Fiesta en una reducción. Dibujo del P. Paucke.

San Ignacio Miní.

3. Las Reducciones

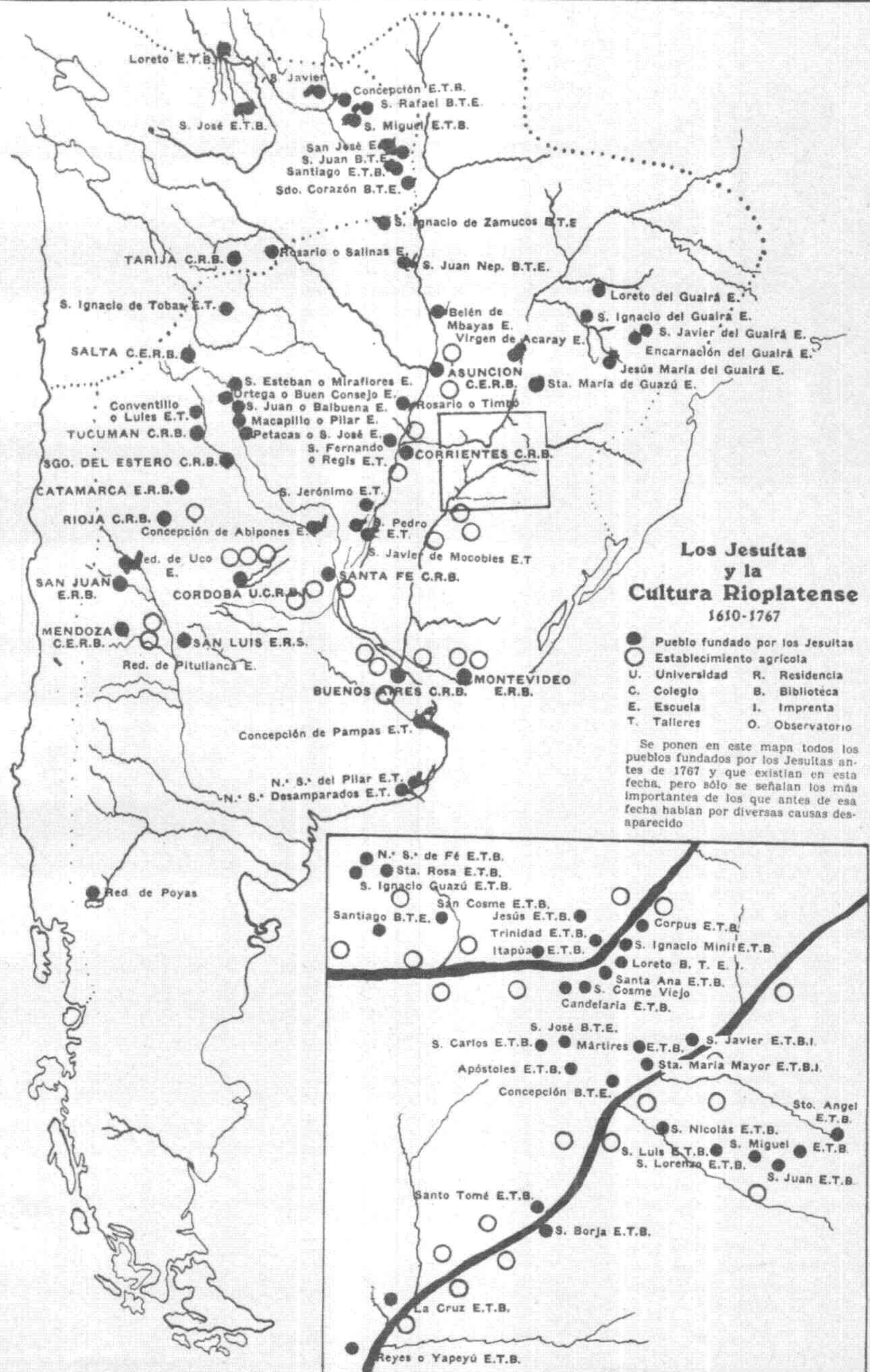
Los hijos de San Ignacio se dedicaron inmediatamente a uno de los trabajos misioneros que los haría famosos y apreciados con el correr de la historia: las reducciones de indios. No fueron solamente las reducciones una eficaz e ingeniosa organización, sino que cumplieron una misión mucho más importante: incorporar a sus pobladores a la fe cristiana con la profunda dignidad de saberse hijos de Dios, amados por el Padre.

Desde 1610 hasta 1767 (año de la expulsión de la Compañía de Jesús de estas tierras), los jesuitas trabajaron sin cesar por la conversión de los indígenas y llegaron a fundar treinta pueblos entre los indios guaraníes. De ellos, quince correspondían al

actual territorio argentino (provincias de Corrientes y Misiones), ocho al Paraguay y siete al sur de Brasil. La mayoría de estos pueblos subsisten aún, pese a las innumerables contingencias y depredaciones que tuvieron que sufrir después de la expulsión de los jesuitas de todos los territorios de la Corona de España, ordenada por Carlos III en 1767.

Además de las de Corrientes y Misiones, se establecieron las reducciones del Gran Chaco (al Noreste) y las del sur de la provincia de Buenos Aires. En total, fundaron 57 pueblos, los que en 1767 contaban con más de 176.000 almas (casi la mitad de la población civilizada de entonces).







4. Colegios y Universidades

Las Misiones —o sea el apostolado directo entre los indios, mestizos y criollos— constituyen sólo uno de los aspectos de la labor civilizadora de la Compañía. No menos importante fue el aporte científico y cultural. Ya en 1610 fundaron en la ciudad de Santa Fe el primer Colegio de segunda enseñanza. En 1617 hacen lo propio en Buenos Aires. Este Colegio funcionó en la mitad Este de la actual Plaza de Mayo. Cuando hubo de ampliarse la fortaleza —erigida donde actualmente está la Casa de Gobierno— los jesuitas debieron abandonar aquel primer solar y ocuparon una manzana cercana (hoy comprendida entre las calles Moreno, Bolívar, Alsina y Perú). Allí estuvieron desde 1662 hasta 1767. Además de Iglesia, Escuela y Colegio, abrieron Facultades Universitarias. En 1731 y 1740 establecieron las primeras cátedras universitarias que hubo en Buenos Aires. En 1757 iniciaron la fundación de una Universidad, y se esperaba la aprobación real cuando sobrevino la expulsión, en 1767. Para ese entonces ya estaba terminándose el edificio fundamental para esta magna obra. Buenos Aires quedó así sin Universidad hasta años después de su Independencia.

Pero ya hacia siglo y medio que funcionaba en Córdoba la primera Universidad argentina, fundada por los jesuitas en 1622.

Junto con la de Chuquisaca en el Alto Perú (actual Bolivia) —erigida en 1623 también por los jesuitas— fueron las dos únicas universidades existentes en el Virreinato del Río de la Plata con anterioridad a 1810. En ellas se formarían la mayor parte de los próceres que hicieron nuestra Independencia (imbuidos de la doctrina del Padre Francisco Suárez S. J.).

Anexo a la Universidad de Córdoba había un Colegio de segunda en-

señanza. Colegios de igual naturaleza tenía la Compañía de Jesús en Mendoza, La Rioja, Catamarca, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Corrientes.

En 1753 fundaron un segundo Colegio en Bs. As. en el actual Barrio de San Telmo.

Estos colegios fueron los únicos existentes en el país en ese tiempo.

5. Las Estancias

Las autoridades reales ayudaban en algo la obra de las misiones, pero

Iglesia de San Ignacio.

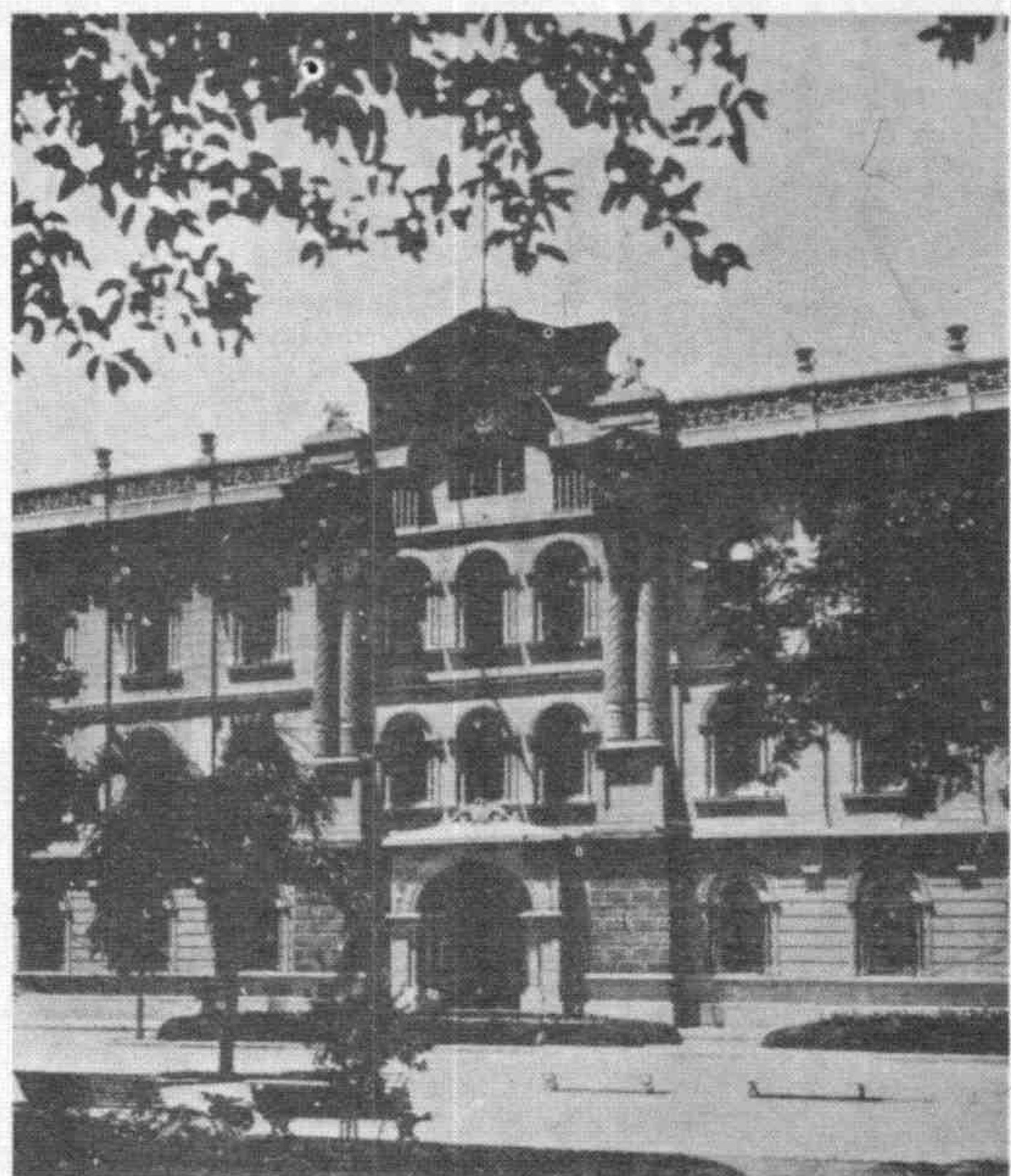


no la de la enseñanza. No obstante, ésta era gratuita tanto en las Escuelas y Colegios, como en las Universidades.

Así pudo educar la Compañía de Jesús eficientemente y sin distingo de clases a la juventud argentina desde 1609 hasta 1767. Esta fue la razón de ser de las estancias jesuíticas: sostener las obras educacionales que por su índole no percibían ni podían esperar ninguna renta.

Las estancias se habían formado con las donaciones de particulares y de gobernadores (Hernandarias entre ellos). No sólo eran centros de producción sino también focos de irradiación misionera para los naturales de la región.

Además de algunas en los alrededores de Bs. As. (en La Chacarita y en el actual Campo de Mayo) había grandes establecimientos en Areco y Laguna de los Padres, en la provincia de Bs. As., en Alta Gracia, Jesús María, Santa Catalina, Calamuchita, y Caroya en Córdoba; La Calera en Salta; Santo Tomé y San Antonio en Santa Fe; San Miguel (ahora la ciudad de Paraná y alrededores) en Entre Ríos. Las construcciones y templos de algunas de ellas —como los de Santa Catalina, Alta Gracia y Jesús María— perduran aún hoy en su solidez y belleza como elocuente testimonio de una época fecunda de nuestra historia.



Colegio de la Inmaculada, Santa Fe.

Iglesia del Pilar.



6. Otras obras científicas y culturales

La labor realizada por la Compañía de Jesús en la Argentina desde 1586 hasta 1767 fue enorme y se extendió a todas las esferas de la actividad humana. Los magníficos templos de las misiones y muchos de ciudades argentinas —como Córdoba y Buenos Aires— fueron diseñados y construidos por arquitectos jesuitas. Testigo de ello son la Catedral y la Iglesia de la Compañía en Córdoba; los templos de la Merced, las Catamarcas, San Telmo, San Ignacio, Recoleta, El Pilar y la Catedral en Buenos Aires; como así también otros edificios como el histórico Cabildo porteño. Obra también de padres o hermanos jesuitas son las múltiples tallas, imágenes y altares que enriquecen en la actualidad numerosas iglesias y museos.

Los valiosos escritos de Botánica Médica que aún se conservan, fueron obra de médicos o científicos jesuitas como Montenegro, Aperger, Peschke y Brasanelli.

Las noticias etnográficas más valiosas que actualmente tanto explotan los investigadores, se deben a los Padres Barzana, Burgés, Falkner, Dobrizhoffer, Sánchez Labrador y Caamaño. La enciclopedia científica argentina más vasta que se compuso —y aún hoy se consulta— es la que en 12 gruesos volúmenes minuciosamente ilustrados nos dejó el P. Sánchez Labrador.

Una de las primeras y fundamentales obras de historia argentina ha sido siempre y continúa siendo la del P. Pedro Lozano S. J.

Las primeras imprentas que existieron en la Argentina, casi un siglo antes de existir la fundada por el Virrey Vértiz, fueron creadas por jesuitas. La primera de ellas fue totalmente hecha en una de las reducciones de guaraníes, donde funcionó hasta 1767.

El P. Buenaventura Suárez S. J. fundó el primer observatorio astronómico argentino, en la Reducción de San Cosme, en Corrientes. Fue el primero también en hacer valiosas observaciones desde América sobre los satélites de Venus, y su obra as-

tronómica, escrita en Argentina, fue editada tres veces en Europa.

Los Padres Ernot, Manchoni, Quiroga, Cardiel, Caamaño y el hermano Dávila, compusieron los mejores mapas geográficos y aún históricos que existieron en nuestro país hasta fines del siglo XVII. Recogieron en ellos la información que les proporcionaban de sus viajes misioneros otros jesuitas que, como Neumann y Arce, atravesaron el Chaco de Oriente a Occidente, como Sánchez Labrador, ascendieron hasta las fuentes del Río Paraguay, como Mascardi y Guglielmi llegaron hasta el Lago Nahuel Huapí, como Falkner y Strobel penetraron hasta el centro y sur de la provincia de Buenos Aires, como Cardiel y Quiroga llegaron hasta el extremo de la lejana Patagonia.

No obstante la vasta obra científica realizada, no era un afán de erudición o de investigación el que guiaba a estos hombres.

Ese era sólo un objetivo secundario. Lo que se proponían primordialmente en todos sus trabajos era la evangelización de estas tierras: mejorar la condición de los indígenas perseguidos o maltratados por los encomenderos; llevar la luz reconfortante del Evangelio a tantas tribus; hacer que indios, mestizos y blancos conocieran la figura adorable de Cristo y de su Iglesia, y vivieran conforme a ello. Esa era la gran ambición de los jesuitas.

hombres de arraigada virtud y reconocida capacidad, como el P. Cristóbal de Altamirano, hijo de uno de los fundadores de la ciudad de Bs. As., figura clave en la organización y defensa de las reducciones guaraníticas; el P. Buenaventura Suárez, fundador del primer observatorio astronómico que hubo en tierra argentina; el P. Francisco Javier Iturri, autor de nuestra primera historia civil y defensor acérrimo de América contra las imposturas del último cosmógrafo de Indias; y muchos otros que gastaron silenciosamente sus vidas en el servicio de Dios y del pueblo fiel.

Entre los estudiantes de la Universidad que tenían los jesuitas en Córdoba, pidieron y lograron ser admitidos en la Compañía el santiagueño Gaspar Juárez, nuestro más insigne herborista colonial, y su coprovinciano el P. Alonso Frías, matemático y astrónomo de vasto saber; el riojano Joaquín Caamaño, insigne geógrafo y cartógrafo; el porteño Manuel Canelas, a quien debemos preciosos datos de etnografía indígena; el Hermano Dávila, porteño también y excelente cartógrafo; el salteño Juan Aráoz, que tanto ayudó al lingüista Hervás en la composición de su Catálogo de Lenguas. En este último aspecto, muchos jesuitas prestaron valiosísimos servicios, dado el conocimiento exhaustivo que tenían de las lenguas y dialectos indígenas.

Beato Roque González.

7. Jesuitas Argentinos

Gran parte de esa labor fue realizada por jesuitas criollos. Si bien es cierto que muchos de los hijos de San Ignacio que trabajaron en el Río de la Plata eran europeos, no menos cierto es que supieron formar varones de su talla entre los jóvenes de esta tierra.

Sólo del Colegio de Santa Fe más de 30 ingresaron a la Compañía de Jesús a fines de siglo XVII y comienzos del XVIII. Llegaron a ser



Especial mención, entre los jesuitas criollos, merece el Beato Roque González de Santa Cruz, que nació en Asunción (Paraguay) y consagró su vida al trabajo misionero. Fundó numerosísimos pueblos de indios —Yapeyú entre ellos— y murió mártir en 1628. En 1934 fue beatificado por S. S. Pío XI para que tuviéramos "protectores de nuestra tierra" como dijo entonces el Sumo Pontífice.

8. La expulsión

La expulsión de la Compañía de Jesús de todos los territorios dependientes de la Corona Española fue ordenada por Carlos III. Para nuestra Patria fue uno de los hechos más penosos de su historia. Las consecuencias de orden espiritual fueron enormes, pero no menos graves fue el deterioro cultural, político y social que ocasionó esta inicua y arbitraría medida.

Los jesuitas fueron expulsados, entre otras razones, por enseñar la doctrina de uno de sus más eminentes doctores, el P. Francisco Suárez S. J., referente al origen popular del poder. Los reyes absolutistas y despoticos de la Casa de Borbón no podían tolerar la difusión de esta doctrina según la cual la autoridad es concedida por Dios al pueblo, siendo éste quien la cede condicionalmente a un monarca. Fue precisamente basándose en esta doctrina de Suárez que los hombres de 1810 fundamentaron las luchas por la emancipación nacional.

La expulsión de la Compañía de Jesús hubo de prepararse en el más absoluto secreto, para evitar la indignación popular y las probables sublevaciones indígenas al conocerse tan nefasta resolución. Y una vez concretada fue tal la dolorosa sorpresa y el duelo de la población, que en Bs. As. los almacenes y tiendas permanecieron cerrados por más de una semana, hasta que un bando del Gobernador Bucarelli obligó a reabrir los comercios.

Expulsados los jesuitas, muchas de sus obras fueron paulatinamente abandonadas (pese a las promesas del Rey y de sus ministros), al no haber sujetos idóneos para atenderlas. No obstante, en el Colegio San Ignacio de Bs. As., y en las Universidades de Córdoba y Chuquisaca se formaron, bajo la dirección de discípulos eximios de los jesuitas —y siguiendo sus textos, planes y métodos de estudio— los hombres de la Revolución de Mayo.

Esto explica que muchos de ellos fueran suarecanos sin haber tenido por maestros directos a los jesuitas.

Por ello no es de extrañar que, conocedores de lo que su presencia había significado para la nación, entre las Providencias que presentaron al Primer Gobierno Patrio los diputados del interior, había una que solicitaba se restableciera la Compañía de Jesús en el Río de la Plata (pues conocían la terrible realidad de la supresión).

Pocos de los jesuitas expulsados quedaban con vida en 1810. Hubo uno, empero, que casi clandestinamente consiguió radicarse en su suelo natal: Tucumán. Tuvo una destacada actuación: fue amigo de Belgrano y San Martín y asesor de los Congresales de Tucumán. Era el P. Diego León Villafañe.



Ruinas de Santa Ana. Misiones.



Imagen de San Ignacio, patrono de Buenos Aires en tiempos de Rosas. Actualmente se venera en el Colegio Máximo.

9. En tiempos de Rosas

En 1835, a pedido del Gobernador de Bs. As., don Juan Manuel de Rosas, regresaron los jesuitas a esta ciudad. Rosas les restituyó el Colegio de San Ignacio, pero por desinteligencias políticas se retiraron de Bs. As., estableciéndose en Córdoba, Catamarca y Salta. Poco después tuvieron que dejar estas provincias y retirarse a Montevideo. Pese a lo efímero de este retorno, el primer paso ya estaba dado y la Argentina había recuperado la memoria y el fervor por los hijos de San Ignacio.

10. El regreso definitivo

En 1857 volvieron a Bs. As. y el Presidente de la Confederación, Gral. Justo José de Urquiza, solicitó del Papa que fueran algunos jesuitas a Santa Fe y Córdoba, para continuar la labor educativa interrumpida en

1767.

Efectivamente, en 1862 tornaron a ocupar el viejo Colegio de la Inmaculada en la ciudad de Santa Fe, y, bajo la égida de los Padres Jesuitas, funcionaron desde 1869 hasta 1885 las primeras Cátedras de Derecho que existieron en el Litoral.

En 1868 se reabre en Bs. As. el Colegio del Salvador, iniciándose una nueva etapa en la vida varias veces secular de dicho establecimiento.

No habían pasado 100 años de la expulsión de los jesuitas cuando ya estaban nuevamente en nuestra Patria continuando el apostolado interrumpido, en Colegios, Universidades, misiones, Residencias, o Parroquias. La Compañía de Jesús, plenamente consciente de su historia, supo encontrar en ella las direcciones fundamentales que le dio el pasado, las cuales siguieron tan vigentes como antes en lo esencial.

En la medida en que los recursos humanos y materiales lo permitían, se fueron abriendo las casas de Córdoba y Mendoza, primero; más tarde, las de Resistencia y Corrientes.

Respondiendo al llamado de los obispos, hay misioneros jesuitas trabajando en puntos muy alejados: en el Chaco, Formosa, Jujuy, Salta, Santiago del Estero, La Rioja, Córdoba, Corrientes, Río Negro y el Gran Buenos Aires.

A comienzos del siglo XVII habían llegado los jesuitas a nuestras tierras. Eran pocos para una extensión enorme. Se presentaba todo un desafío para la acción evangelizadora, desafío pleno de sugerencias.

Con las Reducciones de indios, Colegios, Universidades, Iglesias y Casas de Ejercicios Espirituales, dieron una respuesta acertada para su tiempo, cuya impronta aún perdura.

Si ayer se trataba de defender a los indios e introducirlos en el camino de la fe, hoy el servicio del pueblo fiel en sus múltiples necesidades sigue orientando a los jesuitas. En todas partes, y constantemente, la imaginación evangelizadora de los hombres de la Compañía encuentra un desafío al que responder "ad maiorem Dei Gloriam".